

Boletín de Nuevo Testamento.

Al inaugurar la serie de boletines relativos al Nuevo Testamento, será conveniente, para no comenzar *ex abrupto*, echar una ojeada de conjunto sobre el estado actual de los estudios neo-testamentarios: sobre la actividad que reina en este campo principalísimo de la ciencia escriturística, sobre los problemas actualmente más discutidos, sobre las tendencias que hoy por hoy en ellos se descubren.

I.—Actividad.

También en los estudios escriturísticos hizo sentir sus terribles efectos la guerra europea. La febril actividad que reinaba en la primera mitad del año 1914, quedó violentamente paralizada, o, por lo menos, notablemente amortiguada. Muchos, que consagraban todos sus alientos y desvelos a los estudios bíblicos, fueron arrebatados a los campos de batalla, donde algunos gloriosamente sucumbieron. La pérdida, por ejemplo, de Gregory y del P. Rousselot, será irreparable. ¡Y cuántos jóvenes eclesiásticos o religiosos, cuyos talentos y nobles entusiasmos por los estudios bíblicos tan buenas esperanzas daban de sí, perecieron con muerte prematural!

Pero el hombre sabe sobreponerse a los acontecimientos. Aun durante el fragor de las batallas no se interrumpió completamente la actividad escriturística, precisamente en Alemania, Inglaterra y Francia, que, como antes de la guerra, y también después, fueron los tres centros o núcleos principales de actividad en el terreno de los estudios neo-testamentarios. De reseñar «La exégesis alemana durante la guerra» se encargó el propio P. Lagrange, quien después de consagrar a esta reseña 15 páginas, bien densas por cierto, de su *Revue Biblique* (tom. XXIX [1920, abril], páginas 285-300), concluye: «Esta rápida revista no podría dar una idea del trabajo activísimo que se ha llevado a cabo en Alemania, aun durante la guerra.» De lo hecho en Francia puede dar alguna idea, aunque muy in-

completa, el estudio de Venard en *Revue du Clergé Français* (tom. 102 [año 1920, 15 de mayo], págs. 294-306).

Pero pasó, gracias a Dios, el azote de la guerra, y las publicaciones de todo género sobre el Nuevo Testamento se han multiplicado asombrosamente, a pesar de las terribles dificultades económicas. Basta hojear los índices o catálogos que de estas publicaciones se van haciendo en las revistas *Biblische Zeitschrift*, de Friburgo, o *Biblica*, de Roma. Las principales de estas publicaciones irán apareciendo metódicamente en este Boletín. Ahora sólo notaremos que la mayor gloria de esta labor corresponde a Alemania, por lo mismo que ha sido mayor su desgracia o más angustiosa su situación económica. Por lo que toca a España, son consoladores los indicios de un renacimiento de los estudios bíblicos, aunque muy distantes todavía del esplendor de otros tiempos. Italia, cuyo genio tanta afinidad tiene con el nuestro, nos ha pasado en esto adelante. En Roma han aparecido, aunque no son obra exclusiva ni principal de italianos, las dos revistas escriturísticas *Biblica* y *Verbum Domini*, que, junto con las otras publicaciones y trabajos del Instituto bíblico pontificio, tanto han de contribuir a fomentar y adelantar el estudio de la Sagrada Escritura entre los católicos. Y ya que del Instituto bíblico hablamos, son dignos de recordarse los viajes científicos a Palestina que ha organizado, principalmente en beneficio de sus alumnos.

Estímulo de esta actividad ha sido el centenario de San Jerónimo, recientemente celebrado, no tanto por los múltiples estudios científicos a que ha dado ocasión, cuanto por la encíclica pontificia *Spiritus Paraclitus*, que será su monumento imperecedero.

II.—*Problemas.*

Sin salir aún de las generalidades, conviene recordar los principales problemas neo-testamentarios, en cuya solución se desenvuelve la actividad de los escrituristas.

Comenzando por lo más exterior, es notable la actividad con que se estudia la lengua del Nuevo Testamento. Hasta hace pocos años el griego neo-testamentario se creía una lengua aparte, casi una lengua hierática, igualmente apartada del griego literario y del griego popular; lo que más en ella se notaba era la muchedumbre de hebraísmos o aramaísmos, de que se la creía erizada. Hoy, gracias a los innumerables papiros descubiertos, publicados y estudiados, la cuestión ha cambiado de aspecto. Los giros más peculiares o que se creían más semíticos en la lengua del Nuevo Tes-

tamento se han hallado en el griego popular de los papiros egipcios. Mas como por otra parte la influencia semítica en la lengua neo-testamentaria es innegable, queda por resolver la cuestión, por así decir, de los límites. La base lingüística de los escritores sagrados es evidentemente el griego popular o el dialecto llamado *Koiné*; pero queda por averiguar el grado preciso con que cada uno de los distintos escritores combinó con esta base los elementos semíticos o también literarios. La opinión general se inclina a que el color semítico o literario en el griego del Nuevo Testamento no es muy subido.

Con la publicación del Nuevo Testamento de Von Soden la crítica textual neo-testamentaria ha entrado en una nueva fase y casi en una nueva época. Los méritos de esta colosal edición nadie los pone en duda; lo que cada día aparece más discutible es el criterio que presidió a la determinación del texto o a la selección de las variantes. La principal atención de la crítica textual del Nuevo Testamento está concentrada principalmente en el valor de los dos Códices más típicos: el Vaticano (B) y el de Beza (D), representantes respectivamente de los dos textos llamados oriental y occidental. Quedan aún por resolver estos dos problemas, que en el fondo casi coinciden: si el texto oriental es un texto neutro o una recensión, y si el texto occidental es un verdadero texto original, más o menos maltratado por los copistas, o bien una desviación del texto original.

Aunque no tiene la importancia de las grandes ediciones de Tischendorf, Westcott-Hort y Von Soden, ha sido casi un acontecimiento la edición manual de Vogels, publicada en 1920. Más personal que la de Nestle y de no menor mérito, puede sustituirla ventajosamente en las clases de Teología y Sagrada Escritura. El mismo Lagrange, a pesar de los reparos que le hace, sobre todo su afinidad con Von Soden, reconoce lealmente que en definitiva el texto de Vogels es un texto excelente (*Revue Biblique*, tom. XXX, [1921, enero], pags. 139-141).

Entre los problemas de crítica literaria, o crítica superior, queda aún sobre el tapete la cuestión sinóptica. Después de tantos años de rudo trabajar, no se han puesto aún de acuerdo los críticos sobre las fuentes históricas de los Sinópticos y sobre las relaciones de mutua dependencia que les pueden ligar entre sí. ¿Cómo explicar en ellos tanta semejanza unida a tan notables discrepancias? Entre las innumerables hipótesis que se han aventurado, la de un Marcos primitivo, de un *Urmarkus*, que forme la base del Segundo Evangelio, ya está generalmente abandonada. No así la que explica el origen de Mateo y Lucas suponiendo que ambos utilizaron el Evangelio de San Marcos y la colección llamada *Logia*. Pero al llegar a los

particulares, son tales las divergencias que dividen a los críticos, que apenas convienen más que en los rasgos más genéricos. Por lo demás para los católicos la decisión de la Comisión Bíblica ha descartado esta hipótesis, con lo cual prácticamente ha facilitado la solución. Hay mucho que andar todavía antes de llegar a conocer los documentos escritos que pudieron utilizar los Sinópticos y precisar la parte que en los Evangelios tiene la tradición oral.

En la cuestión juanística los campos están bien limitados. Los católicos reconocen la autenticidad del Cuarto Evangelio y su carácter plenamente histórico; los críticos independientes niegan lo uno y lo otro. Muchos de éstos, al estudiar las fuentes y la formación del Cuarto Evangelio, han llegado a negar su armonía y unidad. ¡Lo que se creía túnica inconsútil ha sido bárbaramente desgarrado por la crítica más avanzada!

Sobre San Pablo, la cuestión de autenticidad ha pasado a segundo término. Respecto de la mayor parte de sus cartas, apenas nadie duda ya de su autenticidad; y en cuanto a las demás, los críticos se van acercando poco a poco a la tesis tradicional. Otras dos cuestiones atraen por ahora principalmente la atención de los críticos, y son la influencia que pudieron ejercer en la forma literaria y en la doctrina del Apóstol, por una parte la dialéctica de los estoicos, en especial su diatriba, y por otra parte los misterios de las religiones paganas. La primera cuestión interesa principalmente por lo que puede contribuir a esclarecer el estilo y la argumentación de San Pablo. La segunda cuestión es incomparablemente más delicada, aunque para un católico la posición está bastante definida. Si se pretende que San Pablo bebiese en las turbias fuentes de los misterios orientales su inteligencia del misterio de Cristo, hay que oponerse resueltamente a esta herejía, tan contraria a la historia como a la Teología. Si sólo se quiere decir que algunos términos técnicos de los misterios se hiciesen de uso común y que San Pablo los utilizase, en el caso en que no hubiese peligro de equivocación, para hablar del misterio de Cristo, entonces no habría inconveniente en admitir lo que positivamente se demostrase. Pero en esto, como en otras cosas semejantes, es prudente la reserva.

Otros puntos menos importantes son también objeto de discusiones. Tales son: los destinatarios de la Epístola a los Gálatas, los acontecimientos que mediaron entre las dos Epístolas canónicas a los Corintios, sobre los cuales parece tardarán aún los críticos en ponerse de acuerdo. Sobre la cronología de la vida del Apóstol mucho se ha discurrido con ocasión de la inscripción de Delfos, pero aun no se ha logrado precisar todos los pormenores. Ha dado también materia a semejantes discusiones sobre la

cronología de la vida del Salvador la inscripción hallada en 1912 en Antioquía de Pisidia, que habla de P. Sulpicio Quirinio y parece confirmar el censo que menciona San Lucas en el Evangelio.

Sobre la Epístola a los Hebreos pululan los problemas: ¿a quiénes se escribió? ¿cuándo? ¿quién es su autor o quiénes sus autores? Esta última cuestión es sin duda la más interesante, por muchos conceptos. Desde el decreto de la Comisión Bíblica de 24 de junio de 1914, los católicos tienen su situación bastante definida. Por una parte, hay que reconocer que el autor de la Epístola a los Hebreos es San Pablo, quien, bajo la inspiración del Espíritu Santo, la concibió por entero y le dió expresión; mas por otra, no es necesario sostener que él le dió la forma que presenta, *ea forma donasse qua prostat*. Esto equivale a admitir un redactor, que a las órdenes de Pablo, con su dirección y aprobación, dió a la Epístola su forma definitiva; mas con esto no se determina con bastante exactitud la extensión de esta colaboración literaria, y sobre todo queda por descubrir quién haya sido este colaborador de San Pablo, sobre el cual no hay sino conjeturas más o menos aventuradas.

Sobre el Apocalipsis, cinco problemas se discuten principalmente: su autenticidad, su interpretación histórica o escatológica, su unidad o composición de diferentes documentos, su dependencia de los mitos babilónicos y su estructura literaria. El problema de la autenticidad no ha adelantado sensiblemente. El de su interpretación histórica o escatológica, a pesar de su importancia intrínseca, pues de él depende la inteligencia del Apocalipsis, ha quedado relegado a segundo término, dado que su solución depende de la que se dé a otros problemas. El carácter compuesto del Apocalipsis sería ciertamente interesante, si se pudiese comprobar con razones sólidas y fuese dado descubrir los documentos de que constase y determinar su procedencia y carácter; mas todo esto hasta ahora no pasa de ser conjeturas infundadas. Descabelladas, sobre infundadas, son las que se han aventurado acerca de la influencia que en el Apocalipsis ejercieron los mitos de Babilonia. La cuestión más interesante y fecunda es la que se refiere a la estructura literaria, a la ordenación y distribución del Apocalipsis. Ante todo hay que determinar si el Apocalipsis procede por método recto o por método cíclico. Si se desarrolla en una sola serie recta, su interpretación ha de ser muy otra, que si se desenvuelve en varias series concéntricas. La determinación y la aplicación de estos ciclos concéntricos es lo que constituye el principal mérito del reciente Comentario del P. Allo, aunque creemos que su método puede aún perfeccionarse.

III.—*Tendencias.*

La fuerte sofrenada de la encíclica *Pascendi* parece avivó en muchos exégetas católicos el sentido de la ortodoxia, harto embotado en algunos de ellos. Desde entonces acá las tesis tradicionales han ido recobrando en gran parte el terreno injustamente arrebatado por las hipótesis más o menos avanzadas. Es consolador y edificante ver de cuán distinta manera habían ahora determinados escritores de como hablaban hace quince años. Si últimamente han contribuido también en este sentido las rivalidades nacionales, quizá sea infundado el suponerlo; por lo menos no sería delicado el afirmarlo. En algunos puntos los mismos críticos independientes parece han vuelto sobre sí, y se han acercado notablemente a las posiciones católicas: hace poco lo notábamos con relación a la autenticidad de las Epístolas de San Pablo. Con respecto al tiempo en que se escribieron los Evangelios Sinópticos, se pudo decir hace algunos años que Harnack se había mostrado más conservador o tradicionalista que los mismos Cardenales de las Congregaciones romanas. En cambio, en materias harto más graves, algunos anglicanos se han inclinado hacia la heterodoxia, hasta el punto de negar la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Quizá sea éste uno de los indicios de descomposición de las sectas anglicanas.

Otra de las tendencias dominantes, aun en muchos críticos católicos, es la preferencia dada a las cuestiones literarias o históricas sobre las teológicas, aun a veces cuando la materia pide tanta Teología, por lo menos, como crítica literaria o histórica. El P. Lagrange reconoce lealmente y pretende justificar esta preferencia en su reciente *Comentario al Evangelio de San Lucas*. Y lo más curioso es que obras como ésta del insigne dominico y otras menos teológicas todavía, se toman en cuenta en boletines de Teología bíblica. No quiere esto decir que falten obras de altísima Teología en el campo de los estudios bíblicos: testimonio imperecedero son las obras magistrales del P. F. Prat y del P. J. Lebreton. Pero la tendencia general es más literaria o histórica. Creemos que se malgastan muchas energías en querer descubrir documentos o filiaciones literarias donde sencillamente no existen.

Es también curiosa la tendencia, cada vez más universal, a la vulgarización. Esto no deja de tener grandísimas ventajas: como ha sido fatal y deplorable tantas veces y en tantos órdenes el que los que saben escriban para un núcleo reducido de iniciados, mientras que para el gran público escriban los que menos o nada saben. Hombres de tanto temple cientifi-

co como los que acabamos de citar han seguido también esta corriente. La grande obra del P. Lebreton sobre los Orígenes del Dogma de la Trinidad se ha vulgarizado en el lindísimo librito *Le Dieu vivant*; y el *Saint Paul* que acaba de publicar el P. Prat es una vulgarización de su magna Teología de San Pablo. Pero lo más notable es la tendencia a la vulgarización que se descubre en la refundición que está haciendo el mismo Padre Prat de su Teología. De Alemania durante la guerra dice el P. Lagrange que «el número de folletos o de libros de limitado número de páginas ha aumentado más bien, o por lo menos se ha mantenido cual estaba antes de la guerra, pues ya entonces este procedimiento de vulgarización estaba muy en boga» (*Revue Biblique*, tom. XXIX, [1920, abril] pag. 286). Donde la ciencia no se ha puesto aún bastante en contacto con el público es en las múltiples Concordias evangélicas y Vidas de Nuestro Señor Jesucristo, que últimamente se han compuesto; pues los especialistas más competentes en el conocimiento de los Evangelios no se han allanado a tomar este trabajo, quizá por la poca fe que tienen en la posibilidad de una combinación científica de los cuatro Evangelios, desconfianza que justamente reprendía el P. Prat; y por otra parte se han lanzado a componer Concordancias y Vidas de Jesucristo algunos con insuficiente preparación. Otro de los campos en que se ha ejercitado provechosamente esta tendencia a la vulgarización, es la Ascética y la Mística, cuyas enseñanzas no hay que buscar únicamente en los Padres y en escritores posteriores, sino también en las fuentes inspiradas de la Escritura divina. Lo que sí hay que precaver en semejante tendencia es que la vulgarización suplante a la investigación científica o la entorpezca. *Haec facere, et illa non omittere.*

*
* *

Tal nos parece ser en sus líneas más generales el estado presente de los estudios bíblicos. En Boletines sucesivos iremos, Dios mediante, desarrollando los puntos aquí conglobados, reseñando en cada uno de ellos y en otros análogos su propia literatura. Con todo no habrá que buscar en estos Boletines precisamente una reseña de todas las obras y artículos, ni siquiera de los más importantes, sino más bien los progresos realizados y el estado actual de los principales problemas relativos al Nuevo Testamento. Deseamos sea nuestro Boletín no tanto de autores cuanto de ideas y de hechos.

JOSÉ M. BOVER.